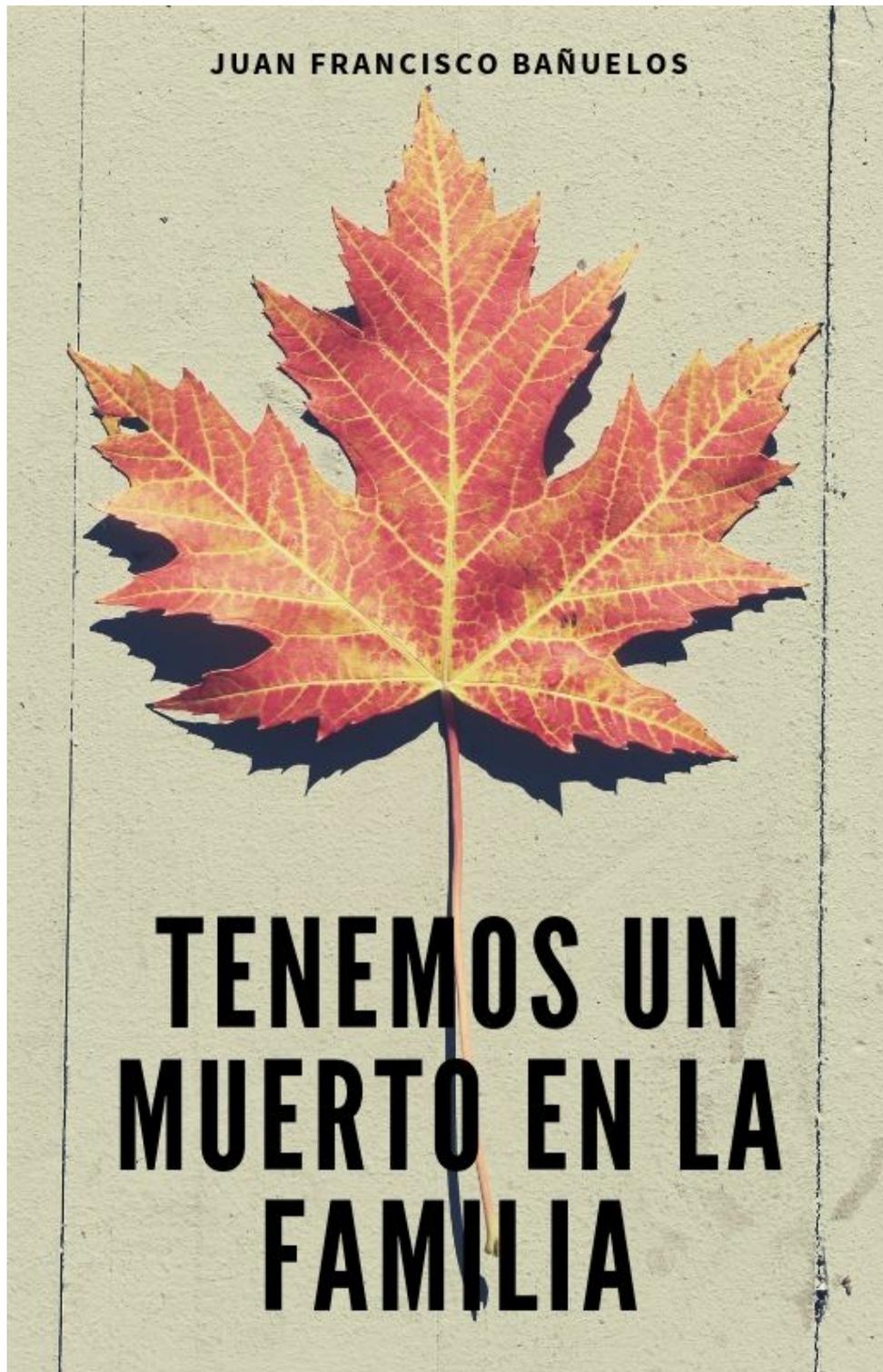


# TENEMOS UN MUERTO EN LA FAMILIA

Juan Francisco Bañuelos



## Capítulo 1

El tío Lute falleció el pasado lunes por la mañana, después de que doña Purificación, su eterna arrendataria, le entregara las llaves de su casa. Al parecer era el último pendiente del tío en vida, pues acto seguido dio tres largos suspiros y expiró. Su hermana Remedios se encontraba presente; apenas había despedido a la mujer cuando tuvo que despedir a su hermano para siempre.

La noticia corrió como pólvora, los veintitrés hermanos del tío Lute se enteraron enseguida del fallecimiento. Enseguida, los ciento cuarenta y cinco integrantes de la familia Barragán Barajas. Todos, excepto la madre del batallón: doña Sara, anciana centenaria de cabello cano y espalda fracturada en poco más de una veintena de pedazos, señal de sus múltiples embarazos. No se enteró porque no quisiera, o porque la noticia no llegara hasta sus arrugados oídos, sino porque la memoria le fallaba a tal grado que, aunque se lo informaron en repetidas ocasiones, apenas pasaban treinta segundos y ya no recordaba absolutamente nada.

Doña Saramanta Barajas de Barragán había parido en total a veinticinco hijos, el primero a la edad de catorce años. Al parto le sobrevivieron veinticuatro, mismos que le vivieron y colearon hasta la mañana del lunes pasado. El tío Lute había sido el segundo vástago, por lo que no era difícil confundir a madre e hijo con un feliz matrimonio, sobre todo cuando el padre de todos, don Vital, falleciera a la joven edad de cuarenta y cinco años.

Al funeral asistieron todos, menos Vital hijo, quien no se enteró a tiempo de la noticia y no le dio oportunidad de comprar boletos de un vuelo que lo trasladara desde Chicago hasta el resto de sus hermanos. Pero su ausencia ni se sintió, pues con el resto de la familia fue suficiente para abarrotar el velorio, donde rodaron panes recién horneados, aguas de canela con azúcar, cafés de olla, pasteles de fresa y nuez y demás variedades culinarias que sirvieron para mantener despierta a la multitud entera.

Ya durante la celebración de exequias el templo entero lloró. Tener a un muerto en la familia después de tanto tiempo es un evento que difícilmente puede pasar desapercibido. Habían sido tantos los años que se vivieron en paz y tranquilidad, con toda la descendencia unida y completa, que nunca nadie imaginó que todos los granos no podrían permanecer unidos a la mazorca por mucho tiempo más. Por eso, aunque era del conocimiento público el lastimoso estado de salud del tío Lute, en el fondo nadie quería que fuera el primer soldado caído del centenario batallón.

El tío Lute nunca se casó, básicamente por su adicción de llevar al cigarro cualquier sustancia que se encontrara en el camino, menos el tradicional tabaco, pero igualmente por la esquizofrenia que lo inundó desde que cumplió diecisiete años, causa de noches enteras sin dormir, las cuales dedicaba a leer los veinte tomos de su enciclopedia. Llegó a memorizar tantos nombres, fechas y lugares, que su mente ya no era capaz de identificar la realidad en que vivía, de la historia universal que añoraba.

No era raro encontrarlo por la calle lanzando improperios a quien se le travesara enfrente, verlo bailando con las señales de tránsito y semáforos como si de las más bellas damas se tratara. En una ocasión pasó tanto tiempo extraviado que su madre y hermanos comenzaron a pensar lo peor, pero no tardaron en darse cuenta que llevaba sabrá Dios cuánto tiempo abrazado del tinaco de asbesto en la azotea, recitándole los veinte poemas de amor y la canción desesperada de Neruda a la luna llena de aquel octubre.

Cuando ya estaba entrando a sus cincuenta años, paseando por el parque a orillas del río, se encontró con hongos y algunos lirios acuáticos. Fiel a su costumbre, tomó el primer papel que encontró y se fabricó un monumental cigarro. Cuando llegó a su casa difícilmente se le reconocía. Cargado de euforia y excitación amenazó a todos los asistentes, a doña Sara su madre, sus hermanos Laura y Paco, así como la apenas esposa de éste, la joven Linda, tan bella como su nombre lo indicaba. Les lanzó maledicencias y chingados, los corrió de la cocina y no conforme con toda su perorata, les lanzó un garrafón de agua, de esos de cristal que se usaban por entonces, mismo que le cayó de lleno a Linda. Se hizo añicos y, con él, la paciencia de Paco, quien arremetió contra su hermano a base de sillazos.

Todos abandonaron el lugar y corrieron hasta la casa de los recientemente casados, donde se resguardaron. Temerosas de regresar a su casa, doña Sara y Laura decidieron quedarse a dormir con Paco; ya regresarían a la mañana siguiente, cuando a Lute se le hubiera pasado el efecto de aquella mescolanza de hongos con lirios acuáticos. Al amanecer, Laura salió con rumbo a la universidad; Paco, a su trabajo y doña Sara y Linda se quedaron desayunando tranquilamente. A mitad del plato con huevos revueltos apareció en la casa Juvencia, otra de las Barragán Barajas quien llegó a visitar a su mamá, sabiendo que ahí se encontraba.

La invitaron a desayunar y, cuando las tres terminaron sus respectivos platos y tazas de café, madre e hija salieron con rumbo a su casa, para ver cómo se encontraba su hijo y hermano. Linda se quedó lavando los trastes, incómoda por el dolor tras el impacto del garrafón y por un extraño presentimiento. Así que, nerviosa hasta los huesos, salió a buscar a su suegra y a su cuñada. A medio camino apretó el paso y comenzó a rezar un avemaría. Cuando llegó a su destino, apenas timbró a la puerta, doña Sara la abrió convertida en pánico. No paraba de repetir una y otra

vez que llamara a la policía, pues Eleuterio estaba a matando a Juvencia.

Desde el interior, una despavorida y ensangrentada Jovita salió corriendo, empujó a su madre por la puerta y, junto a Linda, salieron a prisa a la casa de ésta. Ya a salvo llamaron a la policía y a una ambulancia, la primera para que agarrara a Lute y, la segunda, para atender a Juvencia, apuñalada cuarenta y ocho veces con un cuchillo cebollero a mano de su propio hermano. Fue hasta que Juvencia llegó al hospital que se supo la historia completa: llegué con mi mamá a buscar a Lute, llegamos hasta la cocina y no se veía ni se oía; por un momento pensamos que estaba dormido, atontado por lo que se había fumado, pero de la nada apareció por la puerta, con semejante cuchillo en la mano. Se le dejó ir a mi mamá, dispuesto a matarla, pero yo me entrometí, diciéndole al hijo de la chingada que primero tendría que matarme a mí. Gracias a Dios y a que estoy gorda, las cuchilladas que me metió no me hicieron casi nada, nomás me picaban tantito, pero no lograban cortarme más. Le grité a mi mamá que se saliera de la casa y hablara a la policía, fue ahí cuando timbraste tú, lo que ocasionó que Lute se asustara y se escondiera de nuevo en su cuarto.

Al final, a Juvencia le hicieron puntadas en cuarenta y dos de sus heridas, ninguna de gravedad. La policía entró a la casa de doña Sara y no les costó trabajo llevarse detenido a Lute. Sin embargo, no duró encarcelado ni un día, pues por orden de sus hermanos lo trasladaron a Guadalajara, al hospital psiquiátrico, donde duró encerrado poco más de tres meses. Cuando salió, atontado y mudo por tanta medicina, nadie en su casa lo quiso recibir. La mayoría de sus hermanos se dedicaron a ignorarlo vilmente y a odiarlo por el atentado contra su madre. La mismísima doña Sara llegó a temerle durante mucho tiempo, pero poco a poco las cosas volvieron a la tranquilidad.

Su comportamiento violento y su semblante de psicópata lo hicieron un ser apartado y solitario. Difícilmente salía en las fotos de las reuniones o paseos familiares puesto que nadie lo invitaba siquiera. Se volvió mudo por necesidad, ya que nadie le dirigía la palabra, más que su madre. Con el paso del tiempo se volvió bobo y vulgar, eructaba delante de todos y era incapaz de hacer algo por sí solo. Mantuvo su costumbre de mantenerse despierto por la noche, no porque siguiera leyendo su rancia enciclopedia, sino porque dormía durante el día.

A los setenta y dos años se le detectó demasiado tarde un cáncer en los intestinos. Le quitó el apetito y las ganas de moverse. De ser un mastodonte se convirtió en una masa débil y grisácea de huesos y carne putrefacta cuyo aroma lo obligó a mantenerse todavía más distante del resto de la familia. Durante quince largos y dolorosos días se despidió de todos y cada uno de sus hermanos, hasta de su madre, quien le dio la bendición eterna, pero a quien se le olvidó enseguida que tenía a un hijo en agonía. Fue así que, tras cerrar todos sus pendientes en vida, el tío

Lute se despidió este mundo con las llaves de su casa en mano y sin más compañía que su hermana Remedios.

A la misa de exequias le siguió el tradicional cortejo fúnebre, de poco más de quince cuadras rumbo al cementerio municipal. Una enorme carroza negra resguardaba el fino ataúd de madera de roble que encerraba el inerte cuerpo del tío Lute. Tras él, sus veintitrés hermanos con sus familias y amigos, tres perros callejeros que se sumaron al flujo de personas y cinco ancianos chismosos que no tenían nada mejor que hacer.

Al llegar al cementerio la sorpresa fue grande, pues sus restos no iban a ser depositados ahí, sino cremados en la ciudad de Chapala y después regresados para ser resguardados en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que el cortejo no era más que un simple requisito protocolario y costumbrista. La confusión generó risas entre los más jóvenes de la familia, quienes no se explicaban el motivo de un cortejo fúnebre que no desembocaría en un entierro y que solo se realizara para mantener la tradición. A la confusión le siguió el disgusto de los más viejos, a quienes hicieron caminar en vano, así como algunas risas de los adolescentes, mismas que fueron silenciadas por la tía Cuca: Más respeto, ¿no ven que tenemos a un muerto en la familia?.

–Ya lo teníamos desde hace mucho –se oyó que alguien respondía por ahí.